

MARIANO PESET

PRÓLOGO

*Separata de*

UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS  
Y AMERICANAS

COMISSIÓ PER AL V<sup>o</sup> CENTENARI DEL DESCOBRIMENT D'AMÈRICA  
GENERALITAT VALENCIANA

## PRÓLOGO

A la hora de poner una introducción a este libro sobre universidades pensé si hacerla erudita y extensa y aparecer como *editor* —esa nueva moda que se va generalizando entre nosotros—. Preferí un simple y escueto prólogo, al estilo tradicional; o mejor, con mi propio estilo que consiste en aprovechar la ocasión para abordar, de modo más o menos extenso, algunos temas, sin limitarme a una genérica alabanza de las páginas que siguen, de los autores o de uno mismo —que también es usual—.

Hoy se están extendiendo formas de publicar procedentes del exterior, que se han aceptado con gran alegría: se reúnen unos cuantos trabajos de los demás, se les coloca una introducción más o menos larga y tenemos un *reading*. Por supuesto es un buen servicio el reunir o traducir, coordinar y ensamblar materiales, y ponerles un estudio previo, pero si quien los recoge no es especialista y no ha trabajado con cierta profundidad la materia —aparte la validez de su criterio para seleccionar— podría parecer que intenta aprovecharse un tanto del trabajo de los demás... Hay ocasiones en que un investigador impulsa en verdad la reunión de nuevas aportaciones, participa como uno más o escribe una enjundiosa introducción, y se presenta como *editor* —no tengo nada que objetar—; pero, en otras, se limita a recoger trabajos y publicarlos, sin demasiado esfuerzo, quizá apenas los ha ojeado y con unas cuantas páginas logra que su nombre aparezca en portada, como edición suya. Ya podemos imaginar la gran aceptación que han logrado estas novedades en algún sector avisado de la vida académica española. Hay quien aprovecha su posición por haber logrado fondos o vías de publicación y se coloca, sin apenas conocer la materia, en la cabecera de un libro de varios autores. Para evitar suspicacias y pecados intelectuales prefiero el tradicional prólogo que, sin duda, posee menor dosis de vampirismo.

\* \* \*

Hecha la anterior precisión, me ocuparé del sentido de estas páginas. Dentro de un programa que llevamos adelante un grupo de historiadores sobre las universidades españolas y latinoamericanas, pensamos que debería lograrse cierta coordinación en la materia, ya que es poco lo existente, lo institucionalizado... Las universidades no se preocupan demasiado en hacer su propia historia, salvo algunas excepciones como Salamanca... A veces componen alguna síntesis algo apresurada con motivo de un centenario, como la *Historia de la Universidad de Zaragoza*, publicada en 1983 por la Editora nacional, o se conforman con algunos actos conmemorativos y una exposición, como en Granada unos años antes. No interesa nuestra historia universitaria —reconozco que no es muy gloriosa, pero su mediocridad podía tal vez servir de advertencia para no continuarla—. No existe entre nosotros una revista de historia de las universidades, tan sólo la *Revista de historia de la educación*, pero este es un mundo diferente. Algún congreso se ha celebrado hace no mucho en Salamanca que, aparte la desigualdad de sus trabajos, no fue capaz de editar de modo digno sus actas hasta el momento. En fin, no hay unas bases institucionales serias para el estudio de las universidades; incluso algún proyecto, como el que iniciamos algunos en 1977 para preparar el quinto centenario de la universidad de Valencia fue segado precozmente, sin dar tiempo a que fructificase por entero. Tan sólo aparecieron dos volúmenes de *Bulas, constituciones y documentos de la universidad de Valencia*, que se extendían desde 1707 a 1733. El presente libro, aunque modesto, puede tener importancia en un sector tan descuidado.

¿Por qué no interesa la historia de las universidades? Los universitarios no leen sobre el pretérito de sus establecimientos de enseñanza. A mi entender, dentro de la atonía un tanto general, existen dos motivos para ese desentenderse de su pasado.

Hoy existe en nuestras universidades un cierto optimismo sobre el presente, que lleva a desligarse de siglos anteriores: ¿a qué investigador actual se le puede hacer creer que en el siglo XVI o en el XIX otros españoles se esforzaron como él en los claustros, para hacer “ciencia” o para lograr un mediano sustento? O de otro modo: ¿acaso al moderno investigador que se cree casi francés, alemán o americano, según la época y la disciplina, le puede interesar la universidad hispana de siglos anteriores? ¿No eran centros de oscurantismo, dominados por los clérigos...? Este es el motivo de los optimistas.

10 El segundo motivo —el de los menos optimistas— es tal vez cierto temor a que una visión histórica de las universidades muestre realidades demasiado mediocres y demasiado análogas a las recientes... La universidad que se precia de crítica y racionalizadora no ha desenvuelto, tampoco, estudios de economía de la educación, de sociología universitaria, psicología, etc. No le gusta al universitario verse como objeto de estudio...

Mejor, por tanto, olvidar la historia de nuestras aulas y sacar ejemplos de los sabios exteriores; más vale referirse a Einstein o a Jenner —el descubridor de la vacuna de la viruela—, y, en su caso, a Ramón y Cajal para demostrar que la

conexión es posible. Con estos ejemplos cabe fabricar una historia o una mítica de las ciencias, capaz de justificar a sus servidores. Interesa más una historia universal de las ciencias que no la española. Y es verdad que la nuestra ha sido, en una cronología muy amplia, una importación de mayor o menor altura de saberes foráneos; pero éstos entran en una organización académica española que presta peculiarísimos matices a esta importación, a su difusión y administración... Pero eso ya no interesa tanto...

También esta organización —estos universitarios— están inmersos en una sociedad dada, peculiar asimismo; durante largas épocas pobre, dividida, violenta... Esa sociedad que se rige durante largos períodos por criterios aristocráticos —aun después de la revolución liberal—, con fuerte tendencia al autoritarismo. Una sociedad que acepta con reticencia el estudio y la universidad hasta épocas muy cercanas —yo diría que la masificación estudiantil marca el cambio de mentalidad—. Un pueblo que sentencia con escepticismo que “el mucho saber, cuando tuvo que almorzar, no tuvo qué comer”. La inutilidad del conocimiento, o la superioridad del arrojo, del dinero o de la virtud suelen estar bien arraigados en nuestra sociedad, durante siglos analfabeta, y sujeta a minorías que no se preocupan por las ciencias...

\* \* \*

Dentro del mundo de la historiografía hispana actual tampoco ha logrado excesivo peso la historia universitaria, salvo en contados sectores. Al analizar esta situación he pensado en varias razones.

Con la aparición de una historia económica y social, con diversas direcciones, los historiadores se desentendieron de la historia de las ideas al estilo de Dilthey o sus imitadores. Era superestructura que nada explica o, en todo caso, un mundo aparte de quienes buscaban —un Braudel, un Bloch...— las realidades más inmediatas. Sus métodos se perfeccionaron en otros campos. En fecha más reciente, los nuevos enfoques que estamos viendo, la vuelta a la narración o la atención a los temas cotidianos, al amor, a la muerte, las mentalidades colectivas, tal vez permitirán una intensa recuperación de este sector. Las nuevas técnicas y métodos han descubierto nuevas realidades —las universidades encontraron su renovación en Lawrence Stone, el historiador inglés que, desde una perspectiva cuantitativa, analizó la población estudiantil de Oxford y Cambridge...—. Por otro lado, al acercar su historia a la historia de las ciencias, un ámbito que logró buenos desarrollos en los últimos años, también alcanzó cierto rejuvenecimiento...

Porque la historiografía de las universidades es ya vieja. Unida a la historia institucional —estructuras y funciones, materiales jurídicos...— posee un semblante que no resulta demasiado atractivo en el momento actual. La historia tradicional de las instituciones es muy estática, muy construida desde las normas, poco explicativa de situaciones y procesos... Aísla cada una de las instituciones, cuando, en la realidad, se entrecruzan unas con otras: cómo entender las universidades si no

conocemos bien la iglesia o los designios y funcionamiento de la corona, la vida profesional o la magistratura...? Cree en la ficción de su continuidad, cuando las instituciones juridicopúblicas son mecanismos jurídicos formados por grupos cambiantes de hombres: ¿Acaso puede aceptarse que un consejo o una universidad es idéntico a lo largo de los años, de los siglos...? También las instituciones privadas son mecanismos formales, acotados, para que las personas cumplan determinadas aspiraciones, necesidades de diversa índole.

Si a su adscripción a historiadores del derecho o de las instituciones añadimos su colocación usual entre las cuestiones de la historia eclesiástica —otra anciana en el árbol de las ciencias históricas— comprenderemos por qué no goza de atractivo para los historiadores más avanzados, con los ojos bien abiertos hacia posibilidades nuevas... En la última síntesis de historia de la iglesia española, realizada por los más altos especialistas y dirigida por García Villoslada, en la Biblioteca de autores cristianos, se ha omitido por completo la historia de las universidades. Espero que sea una liberación definitiva...

\* \* \*

La historia, como conocimiento del pretérito, está muy presente en el mundo hispánico actual —incluyo Latinoamérica, en la parte que conozco—. Las gentes siguen con interés la historia de su ciudad o de su pueblo, de su nación o nacionalidad. Las ideologías nacionalistas, componente de partidos y gobiernos, estimulan este género de estudios: siempre se podrá dejar insinuada, entre datos y emociones, la grandeza del pueblo o del poder a quien se cree suceder o, al menos, su antigüedad de siglos. Por esa sorprendente cercanía de las ideas y creencias con las emociones, somos capaces de sentirnos herederos de Numancia o coterráneos del Cid Campeador.

12 En contraste, sienten escaso interés por sus antecesores universitarios, tanto quienes estudian en sus aulas, como quienes enseñan o dirigen la vida académica. ¿Por qué ese desinterés general? Tal vez tienen curiosidad o auténtica afición por materias históricas. Es posible que en parte de sus lecturas —o en su gusto por la pintura o la música— se vuelquen hacia épocas pretéritas. ¿Es acaso infrecuente el médico que conoce bien la historia de su quehacer o lee con inteligencia algún viejo libro de medicina? ¿O el abogado o profesional a quien le atrae la música y siente interés por el siglo de Bach o de Mozart? Yo converso a veces con amigos que están interesados por la inquisición o por la biografía de este rey o personaje... Y estas impresiones se confirman si ojeamos revistas o periódicos o atendemos a las dosis de historia que se nos suministran por la televisión... El cine también utiliza para sus “historias” ambientes pretéritos que, muchas veces realzan las situaciones o les prestan verosimilitud...

El cine norteamericano ha subrayado con denuedo dos momentos de su historia: la conquista del oeste y la guerra de secesión. ¿Por qué? Dejemos a un

lado sus posibilidades estéticas o las emociones que puede suscitar en nosotros, extranjeros, la aventura o la afirmación del valor, la sangre... Sin duda, allí hay que añadir sentimientos que apenas podemos nosotros entrever. La historia, en cualquier lugar, se ve impulsada por las constelaciones nacionalistas —cuando se sienten fuertemente o se les quiere despertar se recurre a la historia de un pueblo o de una nación—. Posiblemente la gran producción de Griffith, *El nacimiento de una nación*, posee esa componente en buen grado...

Los políticos hacen gala de su saber histórico, entrelazan en su discurso el pretérito, como una continuidad o como un contraste con el presente. Desde el municipio al estado, con todos los escalones intermedios, se utiliza la historia. No digo que se abuse o se deforme siempre; es posible que, a veces, prevalezcan fines interesados o egoístas para engañar al pueblo, desviándole de los verdaderos problemas de cada día o para echar culpas sobre tiempos pretéritos cuando los problemas pueden ser del presente, o al menos su solución está en el presente. Junto a esos usos torcidos, caben, sin embargo, otros más nobles y dignos por quienes disfrutaban el poder y quieren imponer su ideología.

La historia de un grupo sirve para mantener cohesionada esa formación social. El exceso y la deformación podrían ser preparación para una guerra —con las grandezas de la raza aria—. Mas una cierta dosis de entusiasmo, con un sentido crítico sobre su ayer y su hoy, pueden ser beneficiosas; saber qué ha sido un grupo y cómo ha llegado hasta el presente, dominado por unos u otros poderes... El nacionalismo desbocado, manipulado, es un río peligroso, las naciones grandes y poderosas se desbordarán sin diques, destruirán, mientras las pequeñas se lanzan a aventuras insensatas... La historia puede servir de engaño, pero también de *contención* para los excesos. Puede dar cohesión y sensatez a un proyecto colectivo... Es preferible consultar con el pasado antes de fiarse sin más de arbitristas y soñadores interesados...

Se ha dicho que la historia podía ser campo de ensayo experimental de las ciencias sociales —posiblemente no es cierto por la multiplicidad de variables y condiciones diferentes—. Pero sí puede, junto a otras disciplinas, elevar el nivel de teorización de las ciencias sociales a campos extensos. Frente a la gran abstracción y libertad de la filosofía o de la vieja sociología, posee un atenuamiento más concreto a los datos, unas técnicas de depuración de los hechos, pegadas a los textos y con unas reglas críticas. Junto a las deducciones y conceptualizaciones jurídicas y políticas que segrega el derecho o la teoría política, o los modelos económicos teóricos, hay que atender a los datos múltiples —dejaré la cuestión de hasta qué punto puede hablarse de datos o hechos—. Una rigurosa historia crítica proporciona un talante indispensable al científico, al hombre... Intenta presentar una idea sobre el conjunto con un sentido dinámico —de siglos— y un esquema razonador, científico —análisis de causa a efecto, elaboración de hipótesis y teorías contrastadas, duda sistemática etc.—. Puede rellenar nuestras concepciones sobre la realidad que, en otro caso, se recubren con elementos ideológicos —es decir interesados— o

con saberes vulgares que se extraen de la realidad con menores garantías de certeza que un conocimiento filtrado por una actitud, por un método científico.

\* \* \*

Hace unos años un grupo de historiadores de las universidades peninsulares nos unimos para extender hacia América nuestro ámbito de estudio. ¿No son muy semejantes las viejas universidades coloniales de México o Lima, de Santo Tomás o la Javeriana de Bogotá o San Felipe de Santiago de Chile? De otra parte, las indudables diferencias ¿no enriquecerían nuestra perspectiva en el estudio de los claustros o las aulas en el antiguo régimen? Ilusionados con esta nueva tarea iniciamos contactos con historiadores del otro lado del Atlántico y mejoramos nuestros conocimientos de la bibliografía y las fuentes —en cuanto nos fue posible ir estudiándolas—. En suma, empezamos a caminar... Logramos financiación de la Comisión asesora para la investigación científica y técnica y, sobre todo, del Consejo superior de investigaciones científicas y de la Generalitat valenciana, para adquisición de libros y algunos desplazamientos...

Las páginas de este volumen muestran algunos resultados propios del grupo, así como colaboraciones de historiadores americanos y españoles que, con generosidad, han querido participar en nuestra tarea: casi la mitad de las aportaciones se refieren a las universidades coloniales en la edad moderna —Cuba, desde estos supuestos, nos interesa hasta el siglo XIX—. También hay otros trabajos sobre las peninsulares, porque se ha querido brindar una ocasión de contacto entre especialistas. No creo viable una revista sobre historia de las universidades en España —existe sólo una general, *History of Universities*, desde 1981—, mas cabe este tipo de misceláneas que, de vez en cuando, mantengan relaciones, una cierta cohesión, una coordinación y un nivel en la historia de las universidades. Con quienes han participado en el sector peninsular hemos podido completar este conjunto de trabajos, unos mejores, otros peores... La edición, cuidada, hay que agradecerla a la Comisión para la celebración del V centenario del descubrimiento de América de la Generalitat Valenciana y al Consejo superior de investigaciones científicas.

Esperamos —este grupo de historiadores— poder seguir laborando y publicando en el futuro nuevas investigaciones sobre las universidades americanas y peninsulares por obra de historiadores de una y otra orilla del Atlántico. Al menos, este volumen tiene esa intención de ser piedra primera...

## ÍNDICE

	Págs.
Prólogo de Mariano Peset .....	9
Salvador Albiñana, <i>Cátedras y catedráticos en la Universidad de Valencia, 1734-1807</i> .....	15
Salvador Albiñana y Telesforo M. Hernández, <i>Comentarios en torno a la biografía de Tomás Vicente Tosca</i> .....	35
Antonio Álvarez de Morales, <i>La Universidad y sus denominaciones</i> .....	57
Marc Baldó Lacomba, <i>La Universidad de Córdoba ante la Ilustración (1767-1810)</i> .....	67
Mauricio Beuchot, <i>Algunos profesores dominicos de la Universidad de México durante el siglo XVII</i> .....	101
León Esteban, <i>Textos, impresores, correctores y libreros en la Universidad de Valencia de finales del XVIII (1778-1802)</i> .....	109
Amparo Felipo, <i>Los estudios de latinidad en la Universidad de Valencia entre 1611 y 1651</i> .....	127
Remedios Ferrero Micó, <i>Capítulos de 1517. Acerca de una reforma de la Universidad de Valencia</i> .....	141
Andrés Gallego Barnés y Nathalie Pérez de Clarenc, <i>El Libro del priorato de cánones y leyes (1638-1701). Contribución a la historia del Studi General de Valencia</i> .....	149
Pilar García Trobat, <i>Los grados de la Universidad de Gandía (1630-1772)</i> ..	175
María del Refugio González, <i>Las instituciones de José María Álvarez, parteaguas entre el derecho indiano y los derechos nacionales (peculiaridades indianas de su obra)</i> .....	187
Enrique González González, <i>Los primitivos estatutos y ordenanzas de la real Universidad de México</i> .....	207



Vicente Graullera Sanz, <i>La cátedra de arte de la notaría, en la universidad de Valencia del siglo XVI</i> .....	225
Juan Gutiérrez Cuadrado, <i>La sustitución del latín por el romance en la Universidad española del siglo XVIII</i> .....	237
Inés Harding, <i>Institucionalización de la enseñanza de la matemática en Chile, entre la segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVII</i> .....	253
Dámaso de Lario, <i>Mecenazgo de los colegios mayores en la formación de la burocracia española (siglos XIV-XVIII)</i> .....	277
Celina A. Lértora Mendoza, <i>El rol de las universidades en el avance científico argentino</i> .....	311
Lorenzo Mario Luna Díaz y Armando Pavón Romero, <i>El claustro de consiliarios de la real universidad de México, de 1553 al segundo rectorado de Farfán</i> .....	329
María Ascensión Lluch, <i>Grados de la Universidad de Valencia durante el siglo XVIII</i> .....	351
Mario Martínez Gomis, <i>La función social de una universidad menor durante los siglos XVII y XVIII. El caso del Estudio General de Orihuela</i> .....	361
Antonio Mestre, <i>Ilustrados y reforma universitaria: las "escuelas"</i> .....	395
Adela Mora Cañada, <i>Unas notas sobre los Commentarii de censibus (1594-1605) de Feliciano de Solís</i> .....	403
José Luis Peset, <i>Los orígenes de la enseñanza técnica en América: el colegio de minería de México</i> .....	415
Mariano Peset, María Fernanda Mancebo y María Fernanda Peset, <i>El recuento de los libros de matrícula de la Universidad de México</i> .....	433
Águeda María Rodríguez Cruz, <i>La Universidad más antigua de América</i> ..	445
Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares, <i>Universidad moderna y promoción jurídica. El Diario salmantino de Gaspar Ramos Ortiz (1568-1569)</i> .....	457
Victoria Rustán, <i>La Real Universidad de San Carlos y Nuestra Señora de Monserrat. Su fundación</i> .....	479
José Sala Catalá, <i>Enseñanza e investigación biológica en la universidad de la Restauración (1875-1923)</i> .....	505
8 Antonio E. Ten, <i>El convictorio carolino de Lima y la introducción de la ciencia moderna en el Perú virreinal</i> .....	519
Isaura Varela González, <i>La población universitaria de Santiago durante el siglo XVIII</i> .....	535
María Cristina Vera de Flachs, <i>El comportamiento de los claustros de la Universidad de Córdoba (1664-1800)</i> .....	553